

DERROTEROS PARA UNA ESPIRITUALIDAD CONTEMPORANEA DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN AMERICA LATINA

Javier Osuna, S.J.

Trabajo presentado a la Asamblea de Provinciales S.J. de América Latina Septentrional, reunidos con el P. General Pedro Arrupe, S.J. en Bogotá en agosto de 1977. Por razones de espacio hemos suprimido la introducción y reducido el número de notas. El texto íntegro puede verse en Reflexiones CIRE, septiembre 1977.

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.

Las preguntas que el P. General nos hace en su carta de noviembre del año pasado, expresan muy vigorosamente la problemática que todos nos hemos planteado con referencia a la situación actual de nuestra espiritualidad y a la urgencia de renovarla, para alimentar y robustecer nuestra fe y nuestro servicio apostólico "como un todo perfectamente integrado, de forma que nuestra vida y actividades resulten realmente evangelizadoras y anuncien eficazmente a Jesucristo hoy"



Nos pregunta el P. General:

1. ¿"Nuestra espiritualidad, tal y como vivimos en la práctica, es tal, que nos permita vivir nuestra vida apostólica con la creatividad, disponibilidad, riesgo y compromiso, que requiere la C.G."?

2. ¿"Nuestra manera de concebir y ejercer de hecho nuestra misión apostólica hoy, individual y comunitariamente, es tal, que refleje una espiritualidad profunda y nos permita desarrollarla y sostenerla"? (1)

Claramente se percibe en esta doble pregunta una concepción de la espiritualidad como *apostólica*; y de la acción apostólica como algo que brota de esa espiritualidad y a su vez la *nutre y desarrolla*. Es otra manera de expresar la clásica fórmula que describe al jesuita como un hombre "unido con Dios en la acción" y, a la Compañía como un grupo de *compañeros* de Jesús que conciben la vocación al seguimiento como una *vida* compartida con Jesús ("conmigo") y como un *anuncio* del Evangelio en colaboración con Jesús y a la manera de Jesús. "Designó a doce para que fueran sus compañeros y para enviarlos a predicar" (Mc. 3,14).

Al encauzar nuestra reflexión por esta línea, el P. General nos cuestiona precisamente sobre nuestra realidad de "contemplativos en la acción", de hombres llamados a buscar y hallar a Dios en todas las cosas, a *seguir* continuamente a un Jesús, siempre nuevo, revelación de un Dios siempre mayor, en el dinamismo del magis, de un servicio cada vez más excelente a Dios y a nuestros hermanos. De esta forma pone el P. General el dedo en la llaga; porque, a mi manera de ver, es allí donde radica la crisis de nuestra espiritualidad y de donde ha de partir todo esfuerzo de renovación y de reformulación.

Se observa realmente entre nosotros un "deterioro" de nuestra espiritualidad y de nuestro compromiso apostólico, una "estéril dicotomía" entre nuestra vida cristiana y nuestro trabajo apostólico.

Las posibles causas de tal deterioro son muy complejas y no es intento de este trabajo analizarlas a profundidad. Trataremos más bien de hacer luz sobre las intuiciones y de-

(1) Carta sobre Integración, (en adelante Integración), pp.2

roteros de una nueva forma de vivir y expresar nuestra fe, partiendo de la espiritualidad perenne del Evangelio -leído desde el carisma ignaciano-, de las inquietudes con que el Evangelio nos sacude hoy, de las exigencias que nos presenta este Tercer mundo en el que estamos llamados a trabajar y de las experiencias espirituales y apostólicas de muchos hermanos nuestros que acompañan más de cerca el dolor y las luchas liberadoras de las mayorías oprimidas de nuestros países.

Mi convicción fundamental es la de que el carisma de Ignacio nos ofrece las líneas básicas para esa reformulación de nuestra espiritualidad, si nos esforzamos por redescubrir y releer muchos de sus valores, en el contexto de la realidad latinoamericana. Entonces, los mismos valores que han entrado en crisis, serán recuperados y purificados y, podrán dar respuesta a nuestras inquietudes.

Pero antes de pasar adelante quiero, de todos modos, aunque sea sólo de paso, señalar algunos fenómenos que han influido en el desarreglo y confusión que se observa hoy en no pocos jesuitas con relación a los valores tradicionales de nuestra espiritualidad. Me parece que debemos registrar un triple fenómeno que ha ejercido decisiva influencia:

1. La C.G. XXXI en sus diversos decretos favoreció claramente el paso de una espiritualidad con elementos propios más bien de un régimen de vida monacal, a una espiritualidad de fuertes rasgos apostólicos;

2. La secularización rompió muchas otras formas tradicionales y prácticas espirituales y apostólicas, transformando no poco el mismo estilo de vida personal y comunitario de la Compañía;

3. El progresivo compromiso socio-político de muchos jesuitas con la causa de la justicia, despertó la conciencia de nuevos valores evangélicos, de nuevas formas de vivir la experiencia cristiana y de trabajar en la construcción del Reino;

La C.G. XXXII, especialmente con sus decretos sobre la identidad del jesuita, la misión, la pobreza, suscitó la exigencia de convertir la opción por el servicio de la fe y promoción de la justicia en *"el factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de estos, sino de nuestra vida interior, como individuos, como comunidades, como fraternidad extendida por todo el mundo"*. Despertó así la urgencia de buscar una espiritualidad más coherente con esa *"opción decisiva"* que *"subyace y determina todas las demás opciones incorporadas en sus declaraciones y directrices"* (Decr. 2,9).

Muchas prácticas tradicionales fueron cayendo, no siempre legítimamente, bajo el influjo de los procesos señalados, sin que fueran satisfactoriamente reemplazadas. En la medida en que se iban comprometiendo con la causa de la justicia en la línea de la C.G. XXXII, muchos jesuitas experimentaban que algunas formas de vida espiritual hasta entonces no cuestionadas, no respondían ya a sus grandes interrogantes y a sus más vitales inquietudes, ni poseían la fuerza necesaria para integrar, en un todo, su vivencia de fe y su compromiso apostólico. Algunas de esas prácticas se miraron como *"sospechosas"*, sinónimo de un *"espiritualismo"* ahistórico, desconectado de la realidad y sin influjo en la vida, *"ideologizante"*, *"alienante"*, excesivamente individual, poco comunitario y práxico. Se constataba álgidamente la existencia de esa práctica, que habla el P. General, *"fiel en apariencia a expresiones tradicionales de nuestra vida espiritual, pero a la que no corresponde la creatividad apostólica que requiere hoy la evangelización de nuestra sociedad"* (Integración pág.2).

Acompañando y orientando a nuestros escolares por este camino evangélico de sensibilización por la causa de los oprimidos y de comprensión de las condiciones objetivas de nuestra realidad, me encontré a menudo con este tipo de inquietudes y de insatisfacción. Procuré ayudar en la comprensión del carisma ignaciano como la fuerza evangélica de su compromiso. Asistí también al gradual y doloroso deterioro del espíritu en algunos, quienes -a pesar de cuidadosos esfuerzos- terminaban reduciendo su fe a un asunto secundario e irrelevante en su lucha por la justicia y finalmente abandonando

Muchas iniciativas nobles y generosas son afectadas hoy por un contexto que las invalida. Es por ello que debemos plantearnos la posibilidad de aceptar el desafío de una educación auténticamente latinoamericana, que implicará para nosotros un cambio profundo.

Sólo así la Compañía retomaría con todo el bagaje de una visión teológica actualizada, el aporte de las ciencias sociales y todos los medios que le brinda el avance científico una obra que quedó trunca cuando fueron expulsados los Jesuitas de América Latina.

En esta tarea deberíamos fijar como primera prioridad la educación no sólo de los pobres, sino de aquellos que en América Latina responden a pautas culturales de los pueblos vencidos. Por ello probablemente debamos pensar que debemos ocuparnos seriamente de la educación rural ya que al menos un 50 por ciento de nuestra población, y un elevado porcentaje de los marginados vive en áreas rurales.

No es una tarea fácil, ni una tarea que puedan encarnar nuestras provincias aisladas. Supondría un ingente esfuerzo de científicos sociales, antropólogos, sociólogos, economistas y educadores generosos y sacrificados. Supondría también el esfuerzo coordinado de investigadores y organizadores, de creadores y difusores de un nuevo estilo de pensamiento y acción educativa.

La medida fundamental que en función de lo dicho se podría tomar, estaría relacionada con la orientación de la formación que se brinde a nuevas generaciones de Jesuitas.

Pero, además, habría medidas concretas, que en nuestros colegios y universidades se podrían tomar. Trataré de esbozarlas a continuación:

a. En primer lugar, tanto en nuestros colegios como en nuestras universidades podemos y debemos insistir en un renovado sentido en la enseñanza de nuestra *historia*. Será necesario mirar con nuevos ojos nuestras culturas rurales e indígenas, sus historias, sus grandes logros culturales y sus grandes deficiencias. Debemos incorporar esos elementos a nuestra conciencia de educadores, como una vertiente objeti

va de nuestra realidad.

En nuestros colegios podríamos revisar cuidadosamente los currícula de historia y establecer mecanismos de información intercolegios donde se notifiquen a otros los avances logrados en este sentido. En nuestras universidades posiblemente debamos crear centros para el estudio de la historia o la antropología cultural, desarrollar carreras en este sentido de modo que se logre una formación adecuada de nuevos profesores de historia.

b. En segundo lugar también podemos insistir en el trabajo de nuestros alumnos. Si queremos lograr una unión entre la cultura que vive del trabajo manual casi exclusivamente y nuestra cultura "civilizada", podríamos incluir el trabajo y el trabajo productivo como un elemento integral de nuestros currícula. Esto ya ocurre en muchas partes. Los alumnos no sólo trabajan para aprender habilidades manuales, sino porque a través del trabajo aprenden a valorar de un modo nuevo al trabajo del cual dependen exclusivamente sus hermanos más pobres.

En diversas partes del mundo se desarrollan los "work study programs", generalmente en las universidades y el trabajo puede estar integrado al calendario escolar u organizarse en vacaciones, puede o no estar integrado a la actividad curricular y organizado o no por las autoridades educativas. Son múltiples las formas concretas de su organización. Pero puede darse a cualquier nivel y de múltiples formas.

c. En tercer lugar, deberíamos procurar una coordinación entre los colegios tradicionales y los esfuerzos de educación popular, procurando que todos los grupos de Jesuitas trabajando con distintos sectores se apoyen unos a los otros. De masiadas veces hemos visto que los que abren nuevos rumbos con entusiasmo al trabajo con los sectores populares deban hacerlo, por su falta de discreción, o por una falta de discreción de quienes son responsables, a espaldas del apoyo del conjunto.

Esta coordinación debe ser internacional, intersecto-

minos significativos para el tipo de compromiso que se requiere de nosotros: la participación en la transformación de las estructuras injustas, en busca de la liberación, tan to espiritual como material del hombre, como parte de la obra de evangelización (cfr. *Decr. 4,40*).

1. La formación espiritual del jesuita debe partir de lo que llamaría una *contemplación fundante*: La experiencia de los Ejercicios completos durante el Noviciado. Esta experiencia incluye la debida preparación para entrar en ellos y una formación para vivir de su espíritu y para consolidar lo en el período restante del Noviciado. Experiencia fuerte de un Dios presente y actuante por amor en todas las cosas; experiencia de encuentro personal con Jesús, con quien hemos sido "puestos" como compañeros de su Misión.

Los diversos encuentros con la persona de Jesús que nos revela el Nuevo Testamento: Pedro, Pablo, los primeros discípulos, la samaritana, la mujer pecadora, María Magdalena, Zaqueo... fueron para ellos esa "*contemplación fundante*" que, alimentada a lo largo de sus vidas, transformó sus existencias y las enrutó radicalmente en SEGUIMIENTO de Jesús; ese encuentro se convirtió en la fuerza secreta de su misión, en la motivación permanente de su fidelidad, en la libertad interior para abrirse continuamente a nuevas e insospechadas exigencias, en la fortaleza para soportar alegremente toda clase de dificultades, peligros y persecuciones de una vida constantemente amenazada. Pedro recordará vivamente esos encuentros: "*Porque cuando os hablábamos de la venida del Señor Jesús, Mesías, en toda su potencia, no plagábamos fábulas rebuscadas, sino que habíamos sido testigos presenciales de su grandeza... Esta voz llegada del cielo la oímos nosotros estando con él en la montaña sagrada*" (2 Pedro, 1:16-18); "*Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se dejara ver, no de todo el pueblo, sino de los testigos que él había asignado, de nosotros, que hemos comido y bebido con él después que resucitó de la muerte*" (Hechos, 10:41). Pablo juzgará que: "*cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente al Mesías Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas*" (Fil., 3:8ss.).

Similar es la experiencia de Ignacio y de los primeros compañeros, verificada en los Ejercicios. Para Ignacio la sublime ilustración del Cardoner será en adelante el punto de referencia a lo largo de su oscuro caminar de peregrino en busca de lo que Dios quiere de él. El "negocio que pasó por mí en Manresa" (4), se convirtió en criterio fundamental de todo discernimiento acerca del "modo de proceder" y de la forma de la Compañía en los años fundacionales. Si la Compañía de Jesús nace de esta experiencia contemplativa y de ella se nutre y se renueva, no podrá ser diferente el camino espiritual de cada jesuita, de las comunidades y de la universal Compañía hoy.

2. Este encuentro personal con el Señor Jesús es inseparable del encuentro con Cristo en el hermano, sobre todo en el pequeño, en el que sufre y, en las masas despojadas y abandonadas de nuestro Continente. La Contemplación de Jesús ha de prolongarse y complementarse en aquellos con quienes él ha querido identificarse: "os lo aseguro: cada vez que lo hicis, es con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo" (Mt., 25:40). Sobre este encuentro escribe Segundo Galilea:

"Aquí el encuentro con el hermano sufriente y necesitado (el pequeño) y su consiguiente servicio es una experiencia de Cristo; tan contemplativo, por lo tanto, como el encuentro personal con el Señor. Ambos encuentros son inseparables. El primero subraya que el cristianismo es trascendente a cualquier realidad temporal; el segundo que es encarnado e inseparable del amor al hermano... el primer encuentro deriva a la oración contemplativa y a las diversas formas de relacionarnos con Dios; el segundo al compromiso temporal como experiencia contemplativa ... y da una dimensión histórica al encuentro con Dios y a nuestra vida de oración... el Cristo encontrado y contemplado en la oración se prolonga en el encuentro con el hermano y, si somos capaces de experimentar a Cristo en el servicio a los pequeños, es porque ya lo hemos encontrado en la oración contemplativa. La contemplación no es sólo el descubrir la presencia de Jesús en el hermano, sino igualmente un llamado a la acción en su favor, al compromiso liberador ("lo que hicisteis")... El encuentro-servicio con el pobre, en los creyentes, es contemplativo y, hace de ellos contemplativos en la acción, en la más pura tradición cristiana. Esto no es una experiencia automática: se produce en la medida que en la conciencia cristiana emerge el Cristo encontrado en la oración, como telón de fondo de la acción... Esto tampoco se improvisa. Supone la oración, que se reactiva en el servicio a los demás, adquiriendo así un contenido social" (5)

(4) Memorial de González de Cámara, n. 137.

(5) Segundo Galilea, Espiritualidad de la Liberación. Ediciones ISPAJ, 1973, pp. 21-22.

Es la contemplación ignaciana para alcanzar amor que consiste más en las obras que en las palabras y que se nutre de la mutua comunicación de bienes.

A quien experimente esta forma de contemplación le será fácil comprender y practicar un tipo de acción secular en favor de la liberación, como colaboración con Jesús en la construcción del Reino (*cfr. Gaudium et Spes*, 39). La acción, no cualquiera, sino aquella que es según el espíritu de Jesús, lejos de vaciarnos, de cuestionar o diluir la fe, la fortalece, la alimenta y lleva connaturalmente a la oración en una interacción circulante:

"No creamos, sin embargo, que Nadal haya sido ingenuo, hasta el punto de ignorar los peligros de la acción. Esta aparece con frecuencia manchada de impureza. Nadal, como observador avisado y perspicaz, constata que el espíritu se puede debilitar en los trabajos. Podemos llegar a no percibir ya con la misma agudeza "el llamado del espíritu" que debe orientar y animar nuestra actividad. El éxito mismo de la actividad, en el plano sobrenatural, se entiende, exige en este caso que vigoricemos la oración para poder discernir en ella más claramente el llamado de Dios. Este proceso constituye sin duda un movimiento circular que va de la oración a la acción y de la acción a la oración" (6).

Pero no es esto lo más importante para Nadal. Poco después de su ingreso en la Compañía, San Ignacio le había sugerido entregarse a la predicación y al servicio al prójimo, como medio de progresar espiritualmente, a través de este trabajo por los demás (*Ibíd.*, 207). En efecto, la acción, si se emprende según la voluntad de Dios expresada concretamente por la obediencia, nos hace entrar con todo nuestro ser en el de signio divino. Y esta devoción o dedicación del hombre que se entrega a la acción apostólica, ni por disipación sino por asentimiento a la voluntad de Dios, tendrá un doble resultado: por una parte, Dios concederá gracias más abundantes cuando la persona regrese a la oración; por otra parte, su dedicación al trabajo lo volverá más disponible y receptivo a las mociones divinas. La acción uniéndonos a la obra de la gracia, nos predispone a una oración más íntima y más pura (*Ib.*). Así se expresa el mismo Nadal:

"He aquí la práctica del bienaventurado Padre Ignacio: ¿quieres ayudarte a tí mismo? ¿quieres progresar? Ayuda al prójimo. ¿Cómo? Vas a predicar: ora primero, invoca a Dios, estudia, asimila todo y vete a tu oficio. Entonces avanzarás y recibirás nuevas gracias. Y cuando retournes a la oración, sentirás más grande atractivo por ella" (7).

(6) Raymond Hostie S.J. Le cercle de l'action et de l'oraison d'après le Père Jérôme Nadal. *Christus* 6 (1955), 206.

(7) *Ib.* 207.

No de otra manera instruía el P. Ignacio al P. Antonio Brando en 1551:

"Se puede ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender y, en todo lo que hiciéremos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas. Y esta manera de meditar, hallando a Nuestro Señor Dios en todas las cosas, es más fácil que no a levantarnos a las cosas divinas más abstractas, haciéndonos con trabajo a ellas presentes y, causará este buen ejercicio disponiéndonos, grandes visitaciones del Señor, aunque sea una breve oración" (8).

3. El Joven jesuita, a partir de los Ejercicios, debe ser conducido a vivir en el espíritu de esa contemplación fundante: en una experiencia muy profunda del Dios Trinitario, comprometido por amor con nuestro mundo; en una *vida referida al Padre* (glorificación, magis), *con el hijo* (servicio, compañerismo), *en el Espíritu* (reverencia, docilidad, discernimiento), para una "*ayuda*" cada vez más dedicada (de voción) a los hermanos, particularmente a los más necesitados. "*Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en Jesús, pionero y consumidor de la fe*", nos dice la carta a los Hebreos (Hebr., 12:1-2). No parece haber sido otra la manera como el mismo Jesús formó a sus discípulos, contemplativos en la acción, llevándoles a compartir su vida y su suerte, y enseñándoles a vivir la cotidianidad de su existencia en referencia al Padre, cuya voluntad era la norma de su propia vida.

4. Gracias a esta contemplación hecha vida, nos haremos capaces de mirar atentamente al mundo de nuestro tiempo para descubrir sus interpelaciones, de la manera como lo hicieron Ignacio y sus primeros compañeros (cfr. *Decr. 4, 14*); podremos acercarnos a la realidad de la injusticia y a su interpretación, para confrontarla con la palabra de la vida y ayudar a transformarla. Es una contemplación activa de la historia; nos enseña "*a mirar la historia que estamos viviendo y construyendo, como la acción de Jesús que anuncia un amor que reconstruye el mundo y hace que esta historia comience a ser distinta*" (9). De allí sacaremos también la

(8) Carta de San Ignacio, 1 junio 1551, Epp. 3, 506ss.

(9) Ricardo Antoncich, S.J. Oración contemplativa de la Historia. Cassete, colección CRC, 29, 1977.

fortaleza para hacernos presentes "dondequiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las irincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las exigencias del hombre y el mensaje cristiano" (10). Es este el sensus Christi con el que Ignacio quería equipar a los jesuitas, como única protección, para insertarlos apostólicamente en el mundo, arrancándolos de todo instalamiento y seguridad en lo ya logrado e introduciéndolos en el dinamismo inquietante y riesgoso de una búsqueda continuada, en campos peculiarmente difíciles, allí donde la necesidad es más urgente y la viña del Señor se resiente más de la ausencia de operarios, donde se espera un fruto mayor, donde otros no van a trabajar.

III. ORACIÓN.

La C.G. XXXII, en su Decreto 11, señala con trazos -- fuertes la dificultad peculiar de nuestro tiempo en la búsqueda de la unión con Dios, y la necesidad de encararla, recuperando a todo trance aquella familiaridad con Dios que San Ignacio consideraba absolutamente esencial para la Compañía. También el P. General hace una exigencia peculiar a "quienes viven una misión de la Compañía en condiciones difíciles que no siempre favorecen la vida espiritual y de oración, en sus formas más tradicionales: buscar, si es necesario, otros modos, ritmos y formas de oración más adecuados a sus circunstancias, pero que respeten las directrices de las recientes Congregaciones Generales y que garanticen plenamente esta experiencia personal de Dios que se reveló en Jesús" (Integración, pág.4)

Es un hecho que muchos jesuitas desconfían hoy de ciertas formas de oración, vida sacramental y otras prácticas de piedad, no siempre referidas a la historia, poco influyentes en la vida y que, a causa de ese divorcio o falta de coherencia, pueden convertirse en formas de evasión al compromiso con la realidad del mundo de la increencia e injusticia. El mismo San Ignacio se muestra desconfiado de una forma de oración que puede llevar a dureza de juicio y egoísmo.

(10) Pablo VI, Alocución a la C.G. XXXII.

En carta a San Francisco de Borja en 1549 condena una forma de espiritualidad recoleta y de seudomisticismo reformador que aflora en el Colegio de Gandía y, dice a propósito del P. Francisco Onfroy: "(es) hombre que se satisface harto de su juicio y está fijo demasiadamente en él y, habránle ayudado para esta estabilidad o dureza de su sentir propia las continuadas oraciones en orden y ejercicios mentales con mortificaciones del cuerpo".

Una primera reacción consiste, entonces, en disminuir progresivamente o dejar esas prácticas que ya no alimentan una vivencia de fe coherente con la vida, afirmando que la verdadera oración está en la acción; pero sin preguntarse sinceramente si esa acción es según el espíritu de Jesús, condición esencial para que se pueda hablar de una unión con Dios en la acción. El mismo hecho de que esa actividad no los devuelva espontáneamente a la oración retirada en ciertos momentos, indicaría que se está muy lejos de la verdadera contemplación en la acción.

Pero aun entre los que dejan casi totalmente las prácticas espirituales tradicionales, se percibe, con frecuencia, la nostalgia y la preocupación por encontrar una forma satisfactoria de expresar su fe, no sólo como exigencia para subsistir, sino como manera de dar pleno sentido a su existencia y a su vocación cristiana y religiosa. De hecho muchos regresan a una forma de oración más rica, redescubriendo su sentido y encontrando en ella la fuerza de su compromiso. La oración personal y comunitaria aparece como alimento de la esperanza, como fortaleza para no desfallecer ante las dificultades de un trabajo a menudo desalentador, como luz para encontrar un estilo nuevo de existencia y nuevos caminos de liberación, como lugar crítico de las experiencias vividas, con frecuencia, en ambientes no cristianos y aun hostiles a la fe. La oración se convierte para ellos en una actitud de vida, en un espacio para acoger las exigencias de Dios descubiertas en las realidades de cada día. Dice Teilhard de Chardin:

"Hay en nuestra cotidianidad minutos especialmente nobles y preciosos, los de la oración y los sacramentos. Sin estos momentos de contacto más eficaces y explícitos, la afluencia de la omnipresencia divina y la visión que de ella tenemos pronto se debilitarán hasta el punto

que nuestra mejor diligencia quedaría para nosotros vacía de Dios" (11).

Son momentos fuertes, necesarios para activar en nosotros la actitud práctica (la "educación de los ojos" en frase del mismo), que nos capacita para que ese Dios que nos envuelve por todas partes se haga para nosotros "universalmente tangible y activo, muy próximo, por más que muy lejano"

Esta forma de oración debe ser propiciada y enseñada. Y, conscientes de que es un don, debe ser también suplicada:

"He aquí que en el origen de nuestra invasión por el Medio Divino tenemos que situar una oración intensa y continuada, la plegaria que suplica el don fundamental: Señor, haz que vea. Señor, sabemos y presentimos que estás por todas partes en torno a nosotros. Pero diríase que hay un velo sobre nuestros ojos. Haz que brille por todas partes tu rostro universal: Illumina vultum tuum super nos. Que tu brillo profundo aclare hasta las entrañas las oscuridades densísimas en cuyo seno nos movemos. Sit splendor Domini nostri super nos. Y para esto, envíanos tu Espíritu, Spiritus Principalis, cuya acción inflamada puede sola operar los principios y la perfección de la gran Metamorfosis a la que concluye toda la perfección interior y por la que gime vuestra creación. Emitte Spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae" (12).

La forma de esta oración ha de ser referida y orientada a la vida. La oración ignaciana está dirigida a la acción y debe llevar a la dedicación (o compromiso) para realizar el designio divino en el mundo. Esta dedicación apostólica es precisamente la permanencia de la oración en el trabajo. También ha de ser una oración compartida con los compañeros de ideales y de luchas apostólicas. Esta dimensión comunitaria, por la que se trata de escuchar juntos la Palabra, de compartir los problemas, de dar respuesta a las dificultades que plantea en la vida cotidiana la integración del seguimiento de Cristo con los compromisos sociales y políticos, es una adquisición valiosa de la espiritualidad contemporánea. Y atendiendo al riesgo de que ese tipo de comunicación pueda debilitar la necesidad de *"esos momentos de la relación personal con Cristo que excluye todo intermediario, de la oración en nuestro propio corazón, en esa soledad tan llena que llamamos intimidad"* (13), es una forma de oración que debe fomentarse en el futuro, como expresión de la fraternidad cristiana reunida con el Señor en medio de los hermanos.

(11) Teilhard de Chardin, El Medio Divino. Taurus, 1967, 40.

(12) Ib., 113.

(13) Carta del P. General sobre la Formación Espiritual del Jesuita, 25 dic. 1967, pp.11.

El P. Víctor Codina se pregunta cómo traducir el ideal ignaciano de "buscar en todas las cosas a Dios", en nuestro contexto histórico. Y responde que si la Compañía se ha definido como un carisma eclesial al servicio de la fe y de la justicia, esta opción afecta la oración del jesuita en tal forma que "buscar y hallar a Dios en la promoción de la justicia", puede ser la fórmula actual del "en todas las cosas". Y de esa misma promoción de la justicia brotará a la vez una forma de oración: "En esta lucha el creyente se siente impotente, incapacitado para realizar una tarea salvífica sin el recurso a la oración. Precisamente porque la justicia en plenitud es el Reino y, la liberación incluye la salvación de todas las esclavitudes humanas, desde el pecado hasta la muerte, el hombre experimenta la total desproporción entre sus posibles estrategias y los resultados. Es algo escatológico que sólo puede ser tímidamente incoado en este eón. Pertenece a un orden de resurrección, a la utopía del Apocalipsis, que desborda todo esfuerzo humano. Esta oración no es alienante, cuando el hombre ha puesto de su parte todo aquello que podía realizar. Es una oración de súplica, pidiendo que venga el Reino; es oración de esperanza en la venida del Señor; es adoración amorosa del plan de Dios oculto; es paciente aceptación de la muerte, camino de resurrección; es acción de gracias porque el Señor va transfigurando la realidad sin ruido pero realmente. Esta oración es un espacio verde, oxigenado, un momento de pausa festiva y gozosa, un respiro contemplativo, como aquellos momentos en que Jesús se retiraba a orar en la soledad de la noche" (14)

Otro elemento que se destaca hoy con respecto al problema de la oración es el de que ella es antes que nada un problema de fidelidad a la voluntad de Dios, al seguimiento concreto de Jesús hoy. Nuestra oración deberá llevarnos a preguntarnos ante todo si estamos siendo "compañeros de Jesús" en las condiciones históricas concretas; si estamos respondiendo a la misión y en qué forma; si estamos realizando las conversiones que nos pide la C.G. XXXII para ser fieles a la misión; si estamos de veras decididos a pagar los costos

(14) Víctor Codina, S.J. Oración y Promoción de la Justicia, (cfr. Diakonía, #2, 1977, pp. 15-26).

del trabajo por la promoción de la justicia; si estamos res-
pondiendo según el espíritu de la Congregación a los compro-
misos de carácter excepcional que nos plantea esta opción.

De ahí la importancia grande que adquiere la *fidelidad*
al EXAMEN, tan decaído hoy en la práctica de la Compañía y
que San Ignacio difícilmente dispensaba. Un examen entendi-
do como tiempo de discernimiento, donde se revisa y se pla-
nea la acción para tomar conciencia de que nuestra activi-
dad es el lugar de encuentro y de armonía con el espíritu
de Jesús que transforma el mundo. Un examen que es momento
de comunión con la acción divina en la historia. A este pro-
pósito conviene citar las palabras del P. General:

"Efectivamente, enraizada en la experiencia ignaciana más pura, la
C.G. pone un marcado énfasis en una serie de ejercicios (EE 1) expresa-
dos bajo nombres diversos: "discernimiento", "reflexión teológica", --
"evaluación", etc. Estos ejercicios, hechos con verdadera escucha de
Dios y confrontación de la realidad con el Evangelio, deberán llevarnos
a superar dicotomías entre oración y acción, a dar una profunda dimen-
sión religiosa a toda nuestra actividad y una proyección verdaderamente
apostólica a nuestra experiencia espiritual. Preguntarnos periódicamen-
te, como deseaba San Ignacio y, hasta de modo sistemático, después de
cada jornada o al final de nuestras sesiones y encuentros de trabajo,
sobre la obra que el Espíritu ha hecho en nosotros durante este tiempo,
sobre lo que el Señor ha querido significarnos, sobre lo que no hemos
obrado según el Espíritu, etc., nos irá poco a poco educando a trascen-
der los aspectos puramente técnicos y seculares de nuestro trabajo y a
desarrollar nuestra actividad, con la especificidad que nos es propia
como compañeros de Jesús. ¿No es este el más profundo sentido del exa-
men de conciencia ignaciano?" (Integración. pp. 6-7).

IV. EUCARISTIA.

La Eucaristía, como momento privilegiado de celebración
de nuestra común fe, en torno a la mesa del Señor Resucitado,
ocupa indudablemente el primer lugar en la espiritualidad de
las nuevas generaciones de jesuitas y es profundamente valo-
rada en las pequeñas comunidades que se van formando, dedi-
cadas más directamente a un trabajo por la promoción de la
justicia; y no sólo a nivel interno de las comunidades, sino
también como forma de encuentro en la fe con las personas
entre quienes trabajan.

La celebración eucarística se considera como centro de
la vida comunitaria; y en este aspecto la espiritualidad con-
temporánea marca un positivo enriquecimiento con respecto al
pasado. Basta, por ejemplo, pensar en la dificultad de con-

gregar comunidades más grandes o más tradicionales para una concelebración eucarística siquiera semanal. Dificultad aún más insuperable si se pretende hacer de esas celebraciones momentos para compartir espontáneamente la fe.

En las comunidades que tratan de compartir más íntimamente la vida y el trabajo apostólico, el momento de la Eucaristía es valorado como una *celebración* comunitaria de la Palabra, acogida, referida a la vida concreta y a los compromisos apostólicos, interpelante y exigente. Es también el momento de intercambiar opiniones acerca de los asuntos más relevantes de la vida de fe de todos; es el lugar donde se renueva el compromiso con los pobres, haciendo el memorial del Señor que entrega la vida por amor, que comparte el pan y hace correr la copa como signo de una comunidad dispuesta a compartirlo todo en la solidaridad con los hermanos más necesitados; es el momento de entrar en comunión con los sufrimientos y la muerte de Jesús, camino de resurrección, como esperanza definitiva ante las perspectivas de una lucha por la justicia que puede pagarse con la persecución y la misma vida; allí se recuerda también a quienes por este camino del compromiso llevan una vida amenazada o han sufrido ya la tortura, la cárcel, la expulsión o aun la muerte. La Eucaristía comunica a las personas y a los grupos la FUERZA para un seguimiento radical en alegría y esperanza. Así se *"crea un dinamismo de continuidad entre liturgia y existencia. La presencia de Cristo y del Espíritu en las celebraciones se percibe viva y exigente en el "después" de la liturgia"* (15).

Pero esta atención a la calidad de la celebración comunitaria de la Eucaristía no pone tanto énfasis en la frecuencia y, son cada vez más numerosos los casos de jesuitas que no celebran o no participan diariamente en la Eucaristía (16).

Aunque no se puede excluir que, en algunos, la causa de no celebrar diariamente la Eucaristía provenga de un enfriamiento real en la vida espiritual, tampoco puede decirse que la no celebración diaria sea signo de menos calibre espiritual. El fenómeno se da aun en personas y en grupos para

(15) Camilo Maccise, OCD. Nueva Espiritualidad de la Vida Religiosa en América Latina, Col CLAR, 30, p.39.

(16) Cfr. Jon Sobrino, SJ. Nuevo cauce de espiritualidad apostólica... en la Viceprovincia. San Salvador, Mayo 1976.

quienes la Eucaristía ocupa el lugar preferencial de su vivencia de fe, pero que han establecido otro ritmo de frecuencia en su celebración de esa fe. ¿Significa esto que la atención a la Eucaristía, como celebración comunitaria, haya hecho perder relevancia a la Misa como devoción personal, como momento de unión con Cristo en la vida y de ofrecimiento de sí mismo con EL? Es comprensible que si se quiere -acentuar el sentido de celebración del memorial, algunos -prefieren distanciar los encuentros eucarísticos; cuando se celebra diariamente la Eucaristía en esta forma, se hace difícil una participación más activa y espontánea y, esto acentúa la rutina, menos perceptible en otras formas de celebración -privada o comunitaria- sin mayor participación. Parece, por otro lado, que la repetición frecuente o cotidiana del sacramento no es por sí misma garantía de una vida espiritual fuerte y coherente. Y si es lamentable una disminución de la práctica eucarística como consecuencia de desestima de la Eucaristía, no lo es menos la celebración diaria apresurada, distraída, indevota. Pero habiendo mantenido la C.G. XXXII la práctica de la celebración cotidiana, conviene hacer un esfuerzo para motivar sólidamente dicha práctica. ¿Prevalecerá en la espiritualidad del futuro la misa diaria sobre esta nueva tendencia? Lo dirá la práctica de la Iglesia en los próximos años.

V. SEGUIMIENTO DE CRISTO.

Cuanto hemos dicho sobre contemplación, oración y Eucaristía, desemboca nuevamente en la persona de Jesús, centro de la vida del jesuita y de la Compañía.

La Compañía nace del propósito común de un puñado de hombres que sintiéndose "*Alcanzados por Cristo*" lo dejan todo para SEGUIRLO en la Misión. La respuesta a la invitación del Señor: "*Quien quisiere venir conmigo*", se concibe como un SEGUIMIENTO ("*para que más le ame y le siga*") de Jesús pobre y humilde, ungido y enviado "para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor" (Lc., 4:18). La C.G. XXXII ha definido al jesuita como un hombre que se re-

conoce pecador, salvado por Cristo y, llamado a ser compañero suyo, bajo el estandarte de la cruz, en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige (*Decr.2,1-2*).

La inspiración fundamental que rige la configuración de la Compañía, desde sus primeros años, es la de reproducir en su tiempo el grupo apostólico de Jesús y sus doce apóstoles.

"La mirada está puesta en Jesús, jefe exclusivo y fuerza única de cohesión de su pequeña comunidad. Instintivamente bajo esta inspiración, va emergiendo una comunidad modelada sobre este seguimiento: pobre, -- apostólica, itinerante, flexible, ordinaria en su forma de vida exterior. Es aquí donde hay que buscar su identidad como grupo, lo que constituye a la "compañía" como una idea nueva, original y distinta de las instituciones de su tiempo" (17).

1. Dinámica del MAGIS.

La dedicación del jesuita al seguimiento de Jesús en la Misión es fruto de una opción preferencial por Jesús, que lo libera interiormente de su propia sensualidad, amor carnal y mundano (indiferencia) para entregar esa libertad otorgada por Cristo al mejor y más excelente servicio (disponibilidad para el magis) de Dios y de los hombres. El MAGIS, que marca la distancia entre esa vocación a ser compañeros (identificación con Jesús) y la realidad de nuestra existencia pecadora, es un dinamismo de continua conversión, de disponibilidad para lo que se va descubriendo como mejor servicio, que mantiene a los jesuitas "*siempre con los pies calzados, dispuestos para anunciar el Evangelio de la paz*" (18), es decir, en disponibilidad para levantar tiendas cuando una forma de servicio ha caducado y Jesús nos llama a otro servicio mayor.

2. Dinámica del MINUS.

Menos conocida con esta expresión, pero no menos característica del seguimiento de Jesús, en el carisma de la Compañía, es la voluntad de seguir a un Jesús pobre y humilde y, solidario con los pobres según la moderna interpretación de la C.G. XXXII (*Decr. 12,4*). El P. Víctor Codina, SJ. en

(17) Javier Osuna, SJ. Amigos en el Señor. Colección CIRE, 1975, Bogotá, pp. 142, 241.

(18) *Ef.*, 6:15. Frase usada en el proyecto de Bula que los compañeros sometieron a la aprobación papal.

su penetrante estudio "*Claves para una hermenéutica de los Ejercicios*", analiza esta dinámica del minus hermosamente, a la vez que llama la atención sobre la sensibilidad actual latinoamericana a estas dimensiones kenóticas y sobre la validez de los esfuerzos que se hacen desde la teología de la liberación y desde una nueva lectura de los Ejercicios, por desarrollar sus virtualidades, como una forma de respuesta a las situaciones que se viven en nuestro continente.

"Ignacio contempla la vida de Cristo desde una perspectiva muy concreta. El Rey eterno no es el Mesías triunfalista, sino el Siervo de Yahvéh, el Jesús que rechaza las tentaciones de prestigio, que se opone a todo intento manipulador. El Pantocrator es el crucificado. (Hay en Ignacio) una peculiar insistencia en el tema de la pobreza y de la humillación de Cristo y, consiguientemente del seguimiento de Cristo pobre. Juan Alfaro afirma: "es notable la coincidencia del pensamiento de San Pablo sobre el hacerse hombre de Cristo, "como hacerse pobre" (2 Cor., 8:9; Fil., 2:5-9; Gal., 2:20) con el de S. Ignacio (EE. 63,104,116)". Hay en Ignacio una especial sensibilidad y preocupación por el binomio pobreza-riqueza, al que añade ordinariamente el deshonor-honor". La dinámica del "magis" ignaciano, que Hugo Rahner ha convertido en clásica, debe completarse con la dinámica del "minus". Este es el "desde donde" desde el que debe realizarse la elección y la lectura del Evangelio, el "lugar teológico" que Ignacio ha escogido para situarse ante Dios y ante la historia" (19).

Indudablemente que esta dinámica del minus está contenida en las meditaciones previas a la elección: Banderas, Binarios, Tres maneras de humildad y, en toda la perspectiva de los misterios de Jesús desde el nacimiento. Parecerse más estrechamente, más actualmente a Cristo, en el estado de kenosis que él eligió para realizar la misión, es la inclinación preferencial del jesuita en toda elección, solamente sometida al beneplácito divino ("sólo que vuestro mayor servicio y alabanza"... "queriéndome vuestra divina majestad elegir y recibir en tal vida y estado") y, objeto de una súplica incesante de "ser puesto con el Hijo".

El MAGIS y el MINUS, armoniosamente complementados en la persona del jesuita dibujada en las Constituciones, explican a la vez esa vocación a la excelencia, al servicio donde se espera un bien más universal, donde hay personas más abandonadas, mayores necesidades (cfr. *Const., parte VII y C.G. XXXII, Decr. 4, 39*) y, esa preocupación de Ignacio por alejar de la Compañía y del jesuita todo asomo de ambición y codicia: la "mínima" Compañía de Jesús, la renuncia a las digni

(19) Víctor Codina, SJ. *Claves para una hermenéutica de los Ejercicios*, Manresa, 48 (1976), 145-148.

nidades, sus preocupaciones por definir una pobreza lo más alejada posible de la avaricia y lo más allegada a la pobreza evangélica, las instrucciones misioneras sobre la enseñanza del catecismo a los niños e ignorantes y, las visitas a cárceles y hospitales, etc.

Esta dinámica del minus parece tener una resonancia muy grande en las nuevas tendencias de una espiritualidad de compromiso con la causa de los pobres en América Latina. El anhelo por una pobreza más auténticamente evangélica, la voluntad de anunciar el Evangelio como Jesús: desde la perspectiva de los pobres, la conciencia de un inaplazable deber de solidaridad con los oprimidos y de acompañarlos en sus luchas liberadoras, aparecen también como valores profundamente entrañados en el genuino espíritu de los Ejercicios y del carisma ignaciano.

Movida por la dinámica del MAGIS y, buscando el bien más universal y el servicio más excelente, la Compañía ha sabido ubicarse para realizar la mayor gloria de Dios, en épocas anteriores de su historia. Hoy, cuando el magis y el minus parecen converger en el mundo de los oprimidos, en el contexto de estructuras injustas y opresoras, la Compañía vuelve a preguntarse: "¿Dónde se encuentra hoy la mayor necesidad? ¿Dónde la esperanza de un bien más universal?" (Decr 4,39). Y responde: en la promoción de la justicia; en la transformación de las estructuras sociales en busca de la liberación espiritual como material del hombre, tarea estrechamente ligada con la obra evangelizadora (Decr.4,40). Su opción por este trabajo de solidaridad con los sin voz y sin poder, exigido por nuestro seguimiento de Jesús hoy, no constituye tan sólo un campo apostólico entre otros, sino una preocupación de toda su vida y una dimensión de todos los ministerios.

3. Seguir a Cristo pobre, solidario con los pobres.

Las experiencias de la realidad del mundo contemporáneo han llevado a la Compañía a una inteligencia más profunda del misterio de Jesús pobre y humilde. En su decreto sobre la pobreza afirma que se ha operado una evolución en el concepto tradicional de la misma: su importancia ya no se

pone tanto en una perfección ascético-moral que provenga de la imitación de Cristo pobre, cuanto en el seguimiento de un Jesús que trabaja en Nazareth, que se identifica con la causa de los pobres, que sale al paso de sus necesidades y se pone al servicio de ellos (Decr. 12,4). Esta nueva tendencia de la espiritualidad exige conversiones profundas: asumir una condición social más cercana a la del pobre; romper vínculos de solidaridad con los ricos y poderosos, no apoyarnos "en la seguridad de la propiedad, de la ciencia o del poder" (Decr.12,5).

"Los compañeros de Jesús no podrán oír "el clamor de los pobres", si no adquieren una experiencia personal más directa de las miserias y estrecheces de los pobres" (Decr. 12,5). "Será, pues, preciso que un mayor número de los nuestros participen más cercanamente en la suerte de las familias de ingresos modestos: de aquellos que, en todos los países, constituyen la mayoría frecuentemente pobre y oprimida. Se hace preciso, gracias a la solidaridad que nos vincula a todos y al intercambio fraterno, que todos seamos sensibles, por medio de aquellos de los nuestros implicados más de cerca a las dificultades y a las aspiraciones de los más desposeídos. Aprenderemos así a hacer nuestras sus preocupaciones, sus temores y sus esperanzas" (Decr. 4,49).

Es esta una de las instancias en que aparece muy claro cómo la opción por la promoción de la justicia actúa como factor integrador de una espiritualidad renovada. En vista de la misión hoy, la Compañía emprende un proceso de reflexión y de cambio inspirado en la tradición ignaciana del discernimiento. Oración, indiferencia, disponibilidad, pobreza, todo entra en juego para reformularse en orden al compromiso en el servicio de la fe y la promoción de la justicia. *¿Dónde vivimos? ¿Dónde trabajamos? ¿Cómo? ¿Con quiénes? ¿Cuáles son nuestras connivencias, dependencias o compromisos respecto a las ideologías y a los poderes?* (Decr. 4,74). *¿Desde dónde oramos? etc.*

La Espiritualidad de una pobreza entendida como seguimiento de Jesús pobre, solidario con los pobres, no es ajena, por lo demás, al pensamiento de San Ignacio. Dentro de las categorías y limitaciones de su época, el santo fundador, al escribir sobre la pobreza a los PP. y HH. del Colegio de Padua en 1547, destaca esta vinculación estrecha entre Jesús, la pobreza y los pobres:

- "los escogidos amigos suyos (de Jesús)... comúnmente fueron pobres"

- "son tan grandes los pobres en la presencia divina, que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo a la tierra: 'por la opresión del misero y del pobre ahora -dice el Señor- habré de levantarme' y, en otro lugar: 'para evangelizar a los pobres me ha enviado', lo cual recuerda Jesucristo, haciendo responder a San Juan: 'los pobres son evangelizados'".

- "y tanto los prefirió a los ricos, que quiso Jesucristo elegir todo el santísimo colegio de entre los pobres y, vivir y conversar con ellos, dejarlos por príncipes de su iglesia, constituirlos por jueces sobre las doce tribus de Israel... los pobres serán sus asesores".

- "la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno... (los pobres) hacen participantes a los otros del Reino" (20).

4. Seguir a Cristo que carga con la cruz.

La espiritualidad de la Compañía ha tenido siempre como nota distintiva una disposición y un deseo de seguir a Jesús en injurias, oprobios y menosprecios y, de *"ser rebajado en todo con Cristo para vestirse de su librea, imitándole en esta parte de su cruz"* (21).

El Cristo de la Storta, expresión más característica de la vocación de servicio de la Compañía, es un Cristo que lleva la cruz. Haciendo oración allí, Ignacio adquiere una conciencia inmutable de que *el Padre lo ha puesto en el Hijo*", es decir, de que ha sido elegido para servir en comunión indisoluble con Jesús pobre, cargado con la cruz.

"Me dijo -cuenta La'nez- que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras: "yo os señalo propicio en Roma"... y otra vez dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz auestas y al Padre eterno que le decía a su Hijo: "yo quiero que tú nos sirvas" (22).

Ignacio no entiende muy bien lo que significa esta promesa del Padre de serle propicio, pero afirma que *"veía las ventanas cerradas, queriendo decir que habrían de tener allí muchas contradicciones"* (23). *"No sé que será de nosotros; quizás seamos crucificados en Roma"* (24).

(20) Epp. 1, 572-577.

(21) Directorio autógrafo de Ejercicios, 23

(22) Fontes Narrativi, I, 496-498.

(23) Autobiografía, 97

(24) Fontes, I, 133

Hoy esta espiritualidad del sufrimiento, la oposición y la muerte, para entrar *"en comunión con sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección"* (Fil., 3:10-11), adquiere nuevo sentido en un camino de diakonía de la fe bañado ya con primicias de martirio. Dice el P. General:

"Estos son los jesuitas que necesita hoy el mundo y la Iglesia. Hombres impulsados por el amor de Cristo, que sirvan a sus hermanos sin distinción de razas o clases. Hombres que sepan identificarse con los que sufren, vivir con ellos, hasta dar la vida en su ayuda. Hombres valientes que sepan defender de modo evangélico los derechos humanos, hasta el sacrificio de la vida, si fuere necesario (Jn., 15:13). Si seguimos a Cristo, la persecución nos ha de venir, como lo estamos experimentando en tantas naciones cuando queremos servir la fe y promover la justicia" (25).

Hace algunos años leí, no recuerdo en qué autor, un comentario sobre la escena de transfixión (Jn. 19:31ss) y la Compañía de Jesús. Se me ha quedado grabado y en estos últimos tiempos me parece haberlo llegado a comprender mejor. *"Mirarán al que traspasaron"*; lo recordarán, se adherirán a él. La Compañía ciertamente ha mirado al que traspasaron. Lo ha mirado porque ha sentido su llamado precisamente en este momento característica y central del misterio y de la misión de Jesús de Nazareth. El "venir conmigo" del Reino lo ha entendido siempre la Compañía desde aquí: desde la cruz salvadora y el costado abierto. Y de esa mirada fascinada al que fue traspasado, ha brotado un deseo, hecho ideal, de *"parecer e imitar en alguna manera a nuestro Creador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea"* (Ex.c.4,101). Desde la contemplación del nacimiento, Ignacio enfoca el misterio de Jesús en los Ejercicios con referencia al Calvario. Este Jesús, en el momento cumbre de la eficacia de su misión salvífica, es el que llama a Ignacio a servirle. El trabajo apostólico de la Compañía perseguirá la eficacia, pero a la manera de Jesús: mediante el amor que pende de la cruz, -reivindicado por el Padre- hace brotar la vida de su costado abierto... miraron al que fue traspasado: Ignacio, Javier, Fabro, Laynez... y cambiaron radicalmente el rumbo de sus vidas.

La unión inseparable entre la contemplación de Jesús y

(25) Carta del P. General sobre el P. Rutilio Grande y otros cuatro jesuitas muertos cruentamente.

la del hermano -especialmente el pobre y amenazado- a que hicimos referencia al comienzo de este trabajo, me lleva ahora a pensar que la Compañía, hoy, mira el traspasado del siglo XX, al oprimido. La oscura muerte del inocente -en la visión de Zacarías- que produce un duelo nacional, pero que se convierte en fuente de gracia, es también la esperanza de conversión para un mundo opresor, actor de injusticia. Los oprimidos nos evangelizarán cuando volvamos los ojos a *"aquel a quien traspasaron"*. La Compañía ha mirado, en su Congregación General a este traspaso de nuestro mundo hoy y, ha hecho su opción.

VI. ESPIRITUALIDAD DEL CONFLICTO.

Otro de los rasgos que ha de marcar la espiritualidad contemporánea de la Compañía es el CONFLICTO.

No es necesario demostrar que el jesuita está llamado a vivir hoy su vocación en circunstancias conflictivas. Le esperan momentos dolorosos por muchos factores. Si no siempre en el contexto de una vida amenazada, en peligro de muerte -como es ya el caso de algunos hermanos nuestros en la Asistencia-, al menos en las dificultades que necesariamente encontrará para realizar sus ideales: trabas, tensiones, incomprensiones por parte de familiares, amigos, autoridades civiles y religiosas, sus mismos compañeros.

Debemos estar preparados para vivir EN FORTALEZA nuestra vocación. Quizás hemos sido formados en circunstancias menos conflictivas y soñamos con frecuencia en una Compañía ideal, a nuestra medida, sin pecado, sin obstáculos, sin oposiciones. Esto puede fácilmente llevarnos al desánimo y aun a la claudicación. Es la perenne tentación del "otro Jesús" de las Banderas. No fue este el camino de Ignacio y de los primeros compañeros. Debieron seguir a Jesús en medio de incomprensiones, fracasos, oscuridades. Nuestra espiritualidad hoy debe incluir elementos que nos enseñen a enfrentar realísticamente los conflictos inherentes a un período histórico de drásticos cambios; a conllevarlos con alegría y sentido del humor, a estar *"contentos de haber merecido ultrajes por causa de Jesús"* (Hechos 5:41). Porque esto será una

garantía de que "hemos sido puestos por el Hijo". La carta a los hebreos puede darnos esos elementos para una espiritualidad del conflicto: "En consecuencia, rodeados como estamos de tal nube de testigos de la fe, sacudamos todo lastre y el pecado que se nos pega. Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en Jesús, pionero y consumidor de la fe; el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la ignominia y, está sentado a la derecha del trono de Dios. Meditad, pues, en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores y no os canséis ni perdáis ánimo. Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha con el pecado" (Hebr., 12: 1-4). Constancia, ánimo, esperanza, apoyo en la nube de testigos que conviven con nosotros, confianza en el Mesías crucificado y resucitado.

Muchos signos nos indican que la Compañía en América Latina se enfrenta a una perspectiva de dolor. Una definición auténtica y, a fondo, de los jesuitas en favor de los oprimidos implica peligro de muerte:

"Si queremos trabajar por la justicia seriamente y hasta sus últimas consecuencias (y esto nos exige ciertamente el radicalismo evangélico ignaciano), nos presentará enseguida la cruz y no pocas veces acompañada de un dolor cerbo. Porque, aunque seamos fieles a nuestro carisma sacerdotal y religioso y, aunque obremos con prudencia, veremos que se levantan contra nosotros los que en la sociedad actual industrial, cometen la injusticia y, que por otra parte son tenidos por óptimos cristianos y que, frecuentemente pueden ser bienhechores nuestros, amigos o familiares y, nos aronirán de marxismo y de subversión, nos retirarán su amistad y por consiguiente su confianza anterior y su ayuda económica... ¿nuestra C.G. dispuesta a sumir esta responsabilidad y a llevarla hasta sus últimas consecuencias? ¿Está dispuesta a entrar por el camino de una cruz más pesada, que traerá consigo la incomprensión de las autoridades civiles y religiosas y de nuestros mejores amigos?" (26).

La C.G. ciertamente ha asumido esta responsabilidad y ha entrado por este camino. A nosotros nos corresponde "convertir en vida y en realidad cotidiana estos decretos, que no han sido redactados para deleite espiritual, sino como directivas y pedagogía concreta para una praxis viva. Praxis que será finalmente la medida de nuestra sinceridad frente a esa voluntad que el Señor nos manifestó a todos por medio de la C.G. XXXII... nuestro modo concreto de seguir a Jesucristo" (Integración, 1). En América Latina la

la Compañía ha comenzado a anunciar las bendiciones del Reino: Felices los pobres, porque el Señor se ha levantado por la opresión de los humildes, por el gemido de los oprimidos (*Salmo 12:6*); una fuerza incontenible, el Reino ha hecho su irrupción en Jesús. Y consiguientemente ha comenzado también a experimentar la bienaventuranza de la persecución: Felices los que se asocian a Jesús y a la causa de los pobres: los misericordiosos, los constructores de la paz, los que luchan por la justicia. Pero esta felicidad hay que conquistarla en la lucha y en el sufrimiento contra los poderes formidables de este mundo. Es el misterio de la dicha encontrada en la solidaridad con el dolor de los pobres y en la esperanza del Resucitado. La tentación del momento es la de desesperanza ante las duras condiciones del camino. Pero también recordamos que la esperanza surge precisamente cuando nada se ve. Los héroes de la fe que encomia la carta a los Hebreos, nos trazan la pauta: llamados por Dios obedecieron y, salieron en busca de un país que se les daría por herencia; partieron sin saber a dónde iban; por la fe caminaron como forasteros habitando en tiendas, como si vieran lo invisible: la muerte los encontró a todos firmes: no habían conseguido la promesa, pero de lejos la habían contemplado y saludado; y si hubieran añorado la patria que habían dejado, hubieran tenido tiempo de volver.

El problema de la DIVISION entre los jesuitas, dolorosamente agravado por actitudes emocionales, invita también a vivir esta espiritualidad del conflicto.

La división entre nosotros es un hecho que no debemos disimular, sino afrontar con entereza y con esperanza. No será posible solucionarlo echando un velo de reconciliación espiritual sobre una realidad de profundas diferencias. Nos divide precisamente lo que debería congregarnos en el consenso: el enfoque de la misión hoy. Quizás esta división sea inevitable y necesaria históricamente, como etapa de un camino en la búsqueda del mayor servicio a Dios y a los hombres. Como tal, apunta a una unión más rica y más profunda, en torno a la misión, en una etapa ulterior. La C.G. nos ha trazado la meta y los caminos para llegar un día al deseado consenso. Entre tanto, trataremos de vivir lo mejor posible nuestros conflictos internos, como se afrontan y resuelven

los problemas entre hermanos: en el respeto, la comprensión, la humildad, el diálogo sereno, la aceptación de un sano pluralismo. Será una convivencia dolorosa, pero creadora de unidad. Debemos tener todos la conciencia que animaba a los primeros padres en sus deliberaciones en 1539:

"que habiéndose dignado el clementísimo y piadosísimo Señor de unirnos y congregarnos recíprocamente, aunque somos tan flacos y nacidos en tan diversas regiones y costumbres; que no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, sino antes confirmarla y establecerla más..." . Esta unión, percibida como un don de Dios, fue la base que aseguró el discernimiento posterior, largo y penoso por cuanto se encontraban impreparados y con diferentes pareceres y enfoques. Pero ellos no se maravillaban "pues los mismos apóstoles y príncipes y columnas de la Iglesia tuvieron pareceres a veces diversos y aun adversos".

VII. COMUNIDAD Y MISION.

La C.G. XXXI, respondiendo a los anhelos de la época, hacia un sentido comunitario más fraterno, describe en su Decreto 19 las características de una comunidad religiosa y apostólica de activa participación en la búsqueda de la voluntad de Dios, de oración, de convivencia fraterna y amistosa, de trabajo. La espiritualidad comunitaria en ese momento se orienta a la formación de comunidades fraternas, donde superado el concepto de mera comunidad de techo y disciplina, se busca la relación interpersonal, la amistad, la compartición.

En su Decreto 2, la C.G. XXXII profundiza en la idea de la misión en compañía. Los amigos en el Señor forman una comunidad para la dispersión, cuyo centro de gravedad está afuera, en el servicio a los hombres; pero una comunidad que es a la vez koinonía, formando una única fraternidad extendida por el mundo, de la que las comunidades locales son expresión concreta y privilegiada.

El claro concepto de una comunidad configurada para la misión, da a la Compañía su plena flexibilidad y disponibilidad apostólica y, logra felizmente una exigencia hondamente sentida acerca de la espiritualidad contemporánea en muchas comunidades religiosas, apostólicas pero entrabadas con elementos monásticos.

Sobre esta base de las dos últimas Congregaciones, la espiritualidad comunitaria tiende a dar un paso adelante dentro de la misma inspiración y directriz. A la búsqueda primordial de comunidades más humanas y fraternales, de grupos pequeños ubicados en barrios populares para vivir una vida más austera, en torno a la Eucaristía y el compartir espontáneo de la vida religiosa y apostólica, -que inspiró los primeros pasos de la renovación comunitaria- ha seguido el deseo de hacer de estas comunidades grupos de compromiso por la promoción de la justicia en el sentido de la C.G. XXXII (Decr. 4, 35, 36, 49, 50). El énfasis se pone aquí más en la opción por la causa de los pobres y por la liberación como conglutinante primario de la fraternidad ad intra y de la acción ad extra. Sus Eucaristías y sus reuniones comunitarias son el momento privilegiado de un intercambio y de un discernimiento sobre los problemas más vitales que plantea la fe, el compromiso apostólico en las circunstancias concretas, el análisis de la realidad, los conflictos. Fuertemente cohesionadas entre sí a nivel intercomunitario, estas comunidades revisan y disciernen también la problemática más amplia de la Provincia, de la Compañía, de la nación y, se apoyan mutuamente en su manera de vivir y trabajar. Es todo el sentido del seguimiento y del servicio del Reino, entendido en los Ejercicios como una CAUSA que se vive y se lucha en común.

Había este tipo de comunidades se orienta la atracción de las generaciones jóvenes de la Compañía. Estas comunidades debieran llegar a ser ese vínculo de unión y de solidaridad de que habla la Congregación General:

"Se hace preciso, gracias a la solidaridad que nos vincula a todos y, al intercambio fraternal, que todos seamos sensibles, por medio de aquellos de los nuestros implicados más de cerca a las dificultades y a las aspiraciones de los más desposeídos. Aprenderemos así a hacer nuestras sus preocupaciones, sus temores y sus esperanzas. Sólo a este precio nuestra solidaridad podrá poco a poco hacerse real".

A través de estas comunidades, de hecho, se realiza a menudo la vinculación de muchos jesuitas jóvenes al Cuerpo universal de la Compañía. Se ha dicho que la vinculación e incorporación de los jóvenes al cuerpo no debe hacerse a grupos, sino al cuerpo total. Esto es cierto como meta final y objetivo primordial a todo lo largo del proceso de incorporación, que coincide con la formación. Sin embargo, te

niendo en cuenta que en todo organismo un miembro se vincula a su cuerpo a través de otro miembro más cercano, igualmente vinculado a otro en la armónica trabazón del organismo, no debería preocupar demasiado este camino de incorporación de los jóvenes, si se garantizan estas condiciones: que el grupo al que se vinculan esté realmente unido a la totalidad y al espíritu de la Compañía; y que esa vinculación no atomice, sino que abra a la comunión con el resto de la Provincia y, por su medio, con la Compañía universal.

La FRATERNIDAD vivida en estas comunidades, fraternidad que no se agota al interior del grupo, sino que se desborda y proyecta apostólicamente a la construcción de una sociedad más justa, igualitaria y fraterna, emerge como un factor integrador entre comunidad y misión y, contribuye de esta manera a realizar más plenamente la imagen ignaciana de la comunidad S.J. Porque, estando esta fraternidad tan poderosamente cohesionada por la solidaridad con la causa de la justicia y del oprimido y siendo el oprimido el hermano de Jesús encontrado en la contemplación del Señor pobre, solidario de los pobres, contemplación, comunidad, misión, forman un todo fuertemente integrado. Y se responde así muy profundamente a esa integración entre la espiritualidad y el apostolado que el P. General considera como el "problema fundamental de la Compañía hoy".

La espiritualidad cristiana es esencialmente una vida según el Espíritu. Espíritu de Jesús, nuestra paz, quien de dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad... así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz y, a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad" (Ef., 2:14-16). La fraternidad creada por Jesús es reconciliación y la reconciliación pasa por la justicia.

La fraternidad que la espiritualidad cristiana hace surgir hoy en Latinoamérica, se convierte, pues, en el punto de encuentro entre la diakonía de la fe y la promoción de la justicia; entre la tarea de liberación y el ministerio de la reconciliación. Porque la construcción de la fraternidad,

anuncio central de la Buena Nueva traída por Jesús, comienza por una tarea liberadora: liberar al hombre y a las sociedades de las estructuras injustas (sociales, económicas, políticas, culturales) y de las opresiones que constituyen las "barreras divisorias" que Jesús vino a derribar: y esa liberación apunta y remata en la reconciliación de los hermanos, hijos de un mismo Padre, en una sociedad justa, solidaria y fraterna, donde no solamente se superan las injusticias, sino también los odios y enemistades. Y todo forma una única historia, la historia de salvación.

Es así como las actividades seculares implicadas en la promoción de la justicia, de tipo socio-político, son tarea evangelizadora, colaboración con Jesús en la única misión. La Compañía ha tenido a lo largo de su historia una meta (contemplativa): el Reino, que realiza a través de caminos relevantes, eficaces, inspirados y, frecuentemente seculares. Lo que hizo posible ese trabajo formidable de tantos jesuitas en nuestras misiones y reducciones, fue, a mi parecer, la identificación total con una misión.

Tal vez desde esta perspectiva sea también más fácil discernir el carácter sacerdotal de ciertos trabajos que se consideran como "intrusión", como "invasión" de terrenos ajenos a la misión específica del sacerdote. Las palabras del P. General a la C.G. XXXII quizás nos pueden dar mucha luz:

"En nuestra Compañía, que es un cuerpo sacerdotal, este trabajo debe distinguirse por su carácter sacerdotal e ignaciano. Tal fue ciertamente la idea que San Ignacio tenía del sacerdocio. Enriquecido con una institución, que parecería adelantarse cuatro siglos. Ignacio tiene una visión del ministerio sacerdotal más cercana a aquella del Vaticano II, que a la del Concilio de Trento. Para él la integración de varias actividades del ministerio sacerdotal, integración que procede sin duda de elementos meramente culturales y que se extiende hasta las obras de misericordia corporal, constituyen algo esencial. El problema está precisamente en que se conserve aquel equilibrio e integración: así se conseguirá que las actividades, que llamaríamos más ajenas al sacerdocio, -- porque parecen más seculares o materiales, se asuman, se integran, se dirijan y se vivifiquen por el mismo carácter sacerdotal del hombre -- apostólico" (27).

CONCLUSION.

La espiritualidad del seguimiento de Jesús nos confronta hoy a todos los jesuitas con la palabra dirigida por El al hombre rico: un llamamiento a la radicalidad en el diario caminar detrás de él; un llamamiento a entrar en los valores del Reino.

Todos llevamos la inquietud de que "nos hace falta algo" para responder a la llamada del Señor hoy. Seguramente Jesús nos mira con cariño: ¡tantas vidas de hermanos nuestros consagradas en la fidelidad a un trabajo extenuante por el Reino! Pero Jesús, porque nos ama, nos llama a la conversión: "Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza; ven, sígueme a mí" (Mc. 10:17ss). Hoy la Congregación General y el P. General nos llaman a "vender" lo que tenemos por la causa de los pobres y oprimidos. Quizás parte de esas riquezas que debemos dejar hoy y, que nos entristecen por estar muy apegados a ellas, sean formas tradicionales de espiritualidad y de trabajo que en otras épocas fueron muy válidas, pero que ya no nos permiten "hallar en paz a Dios nuestro Señor", ni vivir nuestro compromiso con la creatividad, riesgo y disponibilidad que requiere la Congregación General. Que nuestro amor al Señor Jesús y nuestra solidaridad con los hermanos más pequeños, nos permitan descubrir nuestro modo concreto de seguirlo hoy y reencontrarnos en la comunión de la lucha crucial de nuestro tiempo: el servicio de la fe y la promoción de la justicia.

